

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XVI

Junio de 1939

Núm. 168

Puntos de vista

Problemas de la juventud

PERIODICAMENTE se producen en nuestro ambiente movimientos destinados a agrupar a la juventud en grandes conglomerados. Pero ocurre también, a menudo, que todos estos intentos fracasan o, mejor, se disuelven en fragmentaciones y divisiones infinitesimales.

La creación de una moral conductora en la juventud para orientarla y guiarla hacia la realización de concretos ideales de superación encuentra siempre dificultades y tropiezos, en nuestro ambiente demasiado cargado de sugerencias y crispaciones políticas. Si se lleva a la juventud hacia los partidos, pronto se palpan las consecuencias desfavorables, porque la política—y este mal no es únicamente privativo de nuestro país, sino de todos los de este continente—ha descendido a un terreno de agresivo personalismo. La entrada prematura de la juventud en las lides electorales, muy pronto la vuelve escéptica y desengañada. El espectáculo frecuente y directo de las luchas, no es muy propicio para desatar nobles emulaciones. Hemos visto hombres de apenas treinta años, ya convertidos en propagadores del descontento y de la destrucción. Y no porque se hubieran convencido a través de sus experiencias, de la necesidad de destruir o negar, sino porque el ambiente de las batallas electorales dentro y fuera de las asambleas, la habían preparado para este pesimismo demoleedor.

Se ha buscado siempre una explicación a esta actitud de la ju-

ventud. Pero ella existe en el hecho que analizamos. Hace más o menos un cuarto de siglo que vivimos una etapa de continua negación y desconocimiento de todos los valores. Para justificar los ataques de uno y otro bando, las agrupaciones políticas han debido negar y destruir a los hombres representativos, acusándolos en todos los tonos imaginables. La juventud ha sufrido en su espíritu esta acción constante de la negación y ha terminado por admitir, sin beneficio de inventario, cuanto se decía de hombres o Constituciones, y a los que nunca se había dado el trabajo de analizar con prescindencia de los factores puramente políticos.

Una colectividad sin jérrarquías intelectuales o morales, no tiene en realidad a donde volver la cabeza. No bastan los héroes de las antiguas gestas heroicas o guerreras para mantener encendido el fuego de la admiración o del respeto. Hace falta, asimismo, mantener en alto las figuras intelectuales que por su honestidad pública y privada, han contribuído a prestigiar la función misma del intelecto. En este cuarto de siglo, todo ha sido destruído y la principal víctima del desenfreno lo ha sido, en su parte más sensible, la juventud.

Debemos poner de relieve otro fenómeno. Esa misma juventud, anclada en las agrupaciones de tinte político, ha visto caer a su lado a los hombres en quienes había depositado un mínimum de fe. Los ha visto caer roídos por las sospechas y los vejámenes que les inferían desde el bando contrario. Y como no estaba en su mano evitar tales acusaciones, porque en el general desconcierto moral, todos ayudaban al desprestigio, un nuevo y más áspero motivo de escepticismo se unía al que ya comenzaba a florecer, tímidamente, en su espíritu.

Deberíamos crear, por lo tanto, una orientación moral a prueba de vaivenes políticos, antes que una unión a base de agrupaciones de batalla. La juventud necesita estímulos y ejemplos enaltecedores. ¿Qué figuras podemos presentarles si todos están empeñados en destruir lo poco que en esta materia tiene el país? No hay ejemplo de una juventud sin guías o sin conductores. Para esto es pre-

ciso que tales conductores se encuentran por encima de las negaciones antojadizas, por encima de las cotidianas y arbitrarias opiniones improvisadas. Se requiere asimismo una gran autoridad moral en quienes conducen, pues de otro modo se cae fácilmente en el desprestigio y en la disolución. Y esto es lo que ha ocurrido, desgraciadamente, entre nosotros. Los elementos más valiosos se han recluso en una voluntaria soledad, sin querer participar en ningún movimiento de esta naturaleza, para no exponerse a los juicios movedizos e injustos con que ya los han señalado a la opinión pública.

El panorama que presentamos, aunque parezca teñido con las tintas del pesimismo, es el que el hombre culto puede observar en el ambiente. Sin embargo, abrigamos la esperanza de que la propia juventud llegue a considerar cuales son sus deberes frente a estas desorientaciones y comprenda que una colectividad que no respeta a sus grandes figuras intelectuales o no hace nada por mantenerlas en el sitio que les corresponde, a cubierto de los intentos de destrucción, no podrá llegar a ser la gran simiente para los hombres futuros, en los cuales las democracias depositan su fe y su esperanza de mejores días.